

ocultando la carta en el bolsillo). Son Vds. mis prisioneras.

—Lo temí (añadió ella). Observé que V. retrocedió hasta la estufa, y presumí que se habría V. ocultado aquí; pero no he visto llegar á Elisa.

—Todo ello (dijo ésta), no ha sido más que un buen susto.

—Muy bueno debe haber sido (insistió Octavia), porque hasta la rosa de te se ha desmayado. ¡Mira, mira! ¡La maceta está volcada!

Y acercándose al lugar de la catástrofe, levantó la maceta volcada, y la colocó en su sitio, diciendo:

—¡Oh, cómo pesa!

Elisa me guiñó el ojo con cierta malicia, y apoyando el dedo en sus labios, me recomendó el silencio.

Octavia cogió el brazo de su amiga, y al apoyarse en él, le dijo:

—Aún tiemblas.

—¡No, no! (replicó con viveza.) Yo estoy ya tranquila; ese temblor es tuyo: tú eres la que tiemblas.

Salimos de la estufa, y atravesamos el jardín, cada uno poseído de distinta situación de ánimo. Elisa, visiblemente excitada de los nervios, se mostraba bulliciosa y habladora. Octavia iba cabizbaja y meditabunda, y yo las seguía con aire distraído, dando vueltas en el bolsillo á la carta que acababa de sorprender en la mano de Elisa.

Ahora bien: ¿qué te parece la rosa de te?»

CARTA XI.

DILACIONES.

Octubre 25 de 1873.

«Aquella noche comió Octavia con nosotros, además de otros convidados, que encomiaron, como siempre, el genio culinario de Donato. Después de comer acudieron muchos amigos, porque era noche de recepción, de manera que me fué preciso aplazar para después la entrevista que debíamos tener Elisa y yo, para hablar del misterioso billete encontrado debajo de la maceta de la rosa de te, que permanecía cerrado en el fondo de mi bolsillo.

No podré explicarte la diversidad de pensamientos que excitaba en mí la existencia de tan recatado documento y la singular manera con que había venido á mis manos; mas te diré, por si no lo sospechas, que experimentaba la más impaciente curiosidad por penetrar el secreto de su contenido, curiosidad de la cual me reía yo mismo.

No obstante, la noche me pareció demasiado pesada, y no encontré amenidad ni interés en las conversaciones de sobremesa, y presumí que iba á fastidiarme soberanamente en las tres horas mortales que, por lo menos, duraría la recepción. Así

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

es que, dejando á Elisa en la plenitud de su corte, fuí á refugiarme en la sociedad del Casino, buscando una conversación más viva y emociones más fuertes.

Pero estaba en desgracia; era demasiado temprano, y los salones del Casino se hallaban desiertos. La mayor parte de los concurrentes devoraban los periódicos de la tarde en el gabinete de lectura; alguno que otro, recostado en los divanes y en las butacas, dormitaba sumergido en los horrores de la digestión. La sala de juego estaba medio á oscuras, solitaria y muda, y al levantar la gran coladura que cubre la puerta, retrocedí maquinalmente, pues me pareció que iba á entrar en una caverna. Maquinalmente también me llevó la mano al bolsillo, riéndome interiormente de la espontaneidad de esas dos acciones involuntarias.

Como ves, el Casino no me ofrecía distracción alguna con que poder matar el tiempo. Textualmente; no sabía qué hacer de mi persona, cuando oí en el salón grande, primero el murmullo y luego las voces de una conversación bastante animada.

Salí al encuentro de esta novedad, que podría entretenerme algunos momentos, y me encontré con un periodista y un hombre de negocios, que discutían muy formalmente acerca de la pena de muerte.

Sostenía el periodista que la sociedad no tiene derecho á quitar una vida que no da, y que, por consiguiente, no puede devolver. El hombre de

negocios se desesperaba, no tanto por la fuerza del argumento como por el aplomo magistral de su contrincante, y replicaba, diciendo:

—Eso está bien en los artículos de un periódico que pretenda hacer sensación en las cárceles y en los presidios y aspirar á las simpatías de todos los antros del crimen; pero la sociedad piensa de distinta manera que esos filósofos patibularios, y pedirá la pena de muerte siempre que se halle frente á frente de un delito que la espante.

—¡Oh! (exclamó el periodista.) Ese es el egoísmo de la sociedad, y la sociedad no es la justicia.

—Bueno (replicó el otro); pero esa es la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos.

—Sí (añadió con desdén el periodista). La historia sangrienta de todos los pueblos salvajes.

—¿Qué?... (preguntó su adversario.) ¿Se atreverá V. á destruir la fuerza indestructible de ese sentimiento universal?....

Antes de responder á esa pregunta, el insigne publicista dejó ver la sonrisa de una incontestable superioridad, y echando sobre lo pasado el argumento de lo presente y de lo futuro, replicó dogmáticamente, diciendo:

—Para destruirla progresamos.

En este momento de la disputa me acerqué á los contendientes, y el hombre de negocios, cruzándose de brazos, me miró con una expresión que quería decir: «¿Ha visto V. en su vida un hombre más imbécil?»

Después de este mudo paréntesis, añadió :

—Progresamos; bien : sea en hora buena ; pero es el caso , que cuanto más progresamos , más se fusila , se degüella y se asesina .

—Así (dijo el publicista) , es imposible discutir ; estamos fuera de la cuestión .

—En efecto (añadió el hombre de negocios) . V. es quien la ha sacado de quicio . Yo , sin entrar en más averiguaciones , sostengo que el falsificador merece la pena de muerte . Por ahí se ha empezado la disputa .

—Por ahí ha empezado ciertamente , y si V. quiere sostenerla en ese caso particular , dése V. desde luego por derrotado . ¡ Pena de muerte al falsificador !... ¿ Y por qué ?... ¿ Desde cuándo tiene la sociedad derecho para hacer pagar á un hombre con la vida la ignorancia de los demás ?

Al ver el periodista la sorpresa que estas palabras nos causaron , lanzó al aire una gran bocanada de humo , y siguió diciendo :

—Es preciso no preocuparnos ; el monedero falso no es , en rigor , más que un contrabandista de moneda ; desestánquese la acuñación del numerario , y se cortan de raíz las falsificaciones ; acabarán los falsificadores . ¿ Se ríen Vds. ?... Pues no es por eso menos cierto . ¿ No hemos desestancado la sal , el tabaco , la pólvora , los almanaques ?... ¿ Por qué no se ha de desestancar también la moneda ?... ¿ Qué inviolabilidad especial le conceden Vds. al oro , á la plata y hasta al cobre , para que sólo puedan acuñar-

los los gobiernos ? En realidad , es un negocio que la libertad completa á que el mundo aspira , arrancará al fin de las manos del Estado . En resumen : la acuñación oficial y exclusiva de la moneda es un monopolio .

No puedo yo asegurarte si estaba persuadido de lo que decía ó se burlaba de sus propias palabras .

—Ya sé (prosiguió) que la libertad de estas industrias causaría , por de pronto , algunas perturbaciones ; pero , ¿ acaso no las causan todas las reformas trascendentales ? Se me dirá que la moneda perdería la autenticidad de su valor intrínseco ; yo digo que el que no distingue un duro de plata de un duro de plomo es un idiota . ¿ Qué hace , pues , el monedero falso al trasplantar el cuño ? Pura y simplemente adelantarse á una reforma inevitable en el orden del progreso humano .

—Amigo mío (le dijo el hombre de negocios) , nada de eso tiene pies ni cabeza . Además , se trata de la gran falsificación de billetes de Banco que se ha descubierto .

—¡ Una falsificación de billetes !—exclamé yo .

—Enorme ,—me contestó .

—Permítanme Vds. (dijo el publicista) . En ese caso concreto , mi argumentación es mucho más fuerte , más sencilla y más breve . Fijemos bien el punto . ¿ Qué son los billetes de este Banco , de aquél ó del otro ?... La suposición bastante aventurada de la existencia de una riqueza efectiva correspondiente al valor que el papel representa . Y

digo suposición aventurada, porque las precauciones que al parecer se adoptan para asegurar la garantía de los valores fiduciarios son ineficaces. Ellas no evitan que de vez en cuando, ya por un motivo, ya por otro, los billetes de Banco sufran terribles descuentos, que se aumentan en razón de las dificultades, siempre inevitables, que los mismos Bancos oponen á la facilidad del cambio. Ellas no impiden que los Bancos quiebren, y que los tenedores de los billetes se vean con un papel entre las manos que les cuesta mucho y que no vale nada. Deduzco, pues, que la facultad de disponer así del bolsillo ajeno, á título de confianza, constituye un verdadero privilegio. Ahora bien: ¿qué es la falsificación de billetes?... No nos hagamos ilusiones; es una conspiración contra un privilegio, y, no hay que arquear las cejas: la igualdad inexorable del derecho moderno ha declarado legítimas las conspiraciones contra los privilegios.

Entre todos los desatinos que en estos días de libertad se dicen y se oyen, se escriben y se leen, los de este hombre público me parecieron bastante originales; así es que me sonreí con cierta benevolencia; mas él debió tomar mi sonrisa como una señal de aquiescencia á sus racionios, ó, por lo menos, como una muestra de admiración á su talento. Y no queriendo comprometer el éxito alcanzado con nuevas discusiones, nos saludó muy afablemente, alejándose sin duda alguna satisfecho de su razón y de su elocuencia.

Antes que desapareciera en el extremo del salón, el hombre de negocios, que parecía abrumado por la dialéctica de su contrario, hizo un gesto sumamente expresivo, y me dijo con convicción profunda:

—No lo dude V.: estos sofistas del bajo imperio consumarán al fin la perdición del mundo.

—Sin duda (le contesté); pero ¿el hecho es que se ha descubierto una gran... falsificación de billetes?....

—Sí, señor. ¿No tenía V. noticia de ello?....

—Ninguna hasta este momento.

—Es raro.

—No (le contesté); porque hace algún tiempo que vivo retirado de los negocios, y hoy precisamente no he salido de casa, y casi puedo decir que no he visto á nadie.

—En ese caso (me dijo), no tiene nada de particular que ignore V. lo que á estas horas sabe muy poca gente. La falsificación está admirablemente hecha, tanto que en las mismas oficinas del Banco han confundido los billetes falsificados con los verdaderos. Se teme que haya en circulación una gran masa de ese papel. ¡Imagínese V. qué conflicto!

—Y el Banco (le pregunté), ¿piensa recoger el papel falsificado?....

—Según y conforme (me contestó). La suma puede ser tan enorme, que no sea fácil recogerlo. De todas maneras, la situación no deja de ser apurada. Si los recoge, compromete su fortuna, y

si no los recoge, compromete su crédito. La noticia va á caer mañana sobre Madrid como una bomba.

—Pero bien (volví á preguntarle). ¿Y los delinquentes?

—Eso es lo que se busca (añadió). Se ha descubierto la falsificación; pero hasta la hora presente no se encuentra la pista de los falsificadores. Mañana habrá pánico.

La palabra *billete*, tantas veces repetida en el curso de nuestra conversación, me recordaba el que yo tenía en el bolsillo, y miraba el reloj, cuyas agujas me parecía que marchaban con más lentitud que nunca, y aplicaba la máquina al oído para asegurarme de que no se había parado.

La noticia de la falsificación había empezado á extenderse, y en los salones del Casino, que comenzaban á animarse con su habitual concurrencia, no se hablaba de otra cosa. Pero, como en todo, había diferentes pareceres. Unos elevaban á considerable altura las proporciones del suceso; otros disminuían en gran parte su gravedad, y algunos le quitaban toda importancia; mezclándose así las opiniones, los intereses, las esperanzas y los temores de cada uno en el afán de la disputa.

La publicidad tiene ojos de aumento, y hay en la voz pública algo hueco: así es que, por lo común, todo lo saca de quicio. Yo no concedí al caso de la falsificación los honores de un suceso extraordinario. Probablemente, así que se agotara la no-

vedad del tema, nadie volvería á acordarse de semejante cosa.

Por fin, dieron las doce, y abandonando la falsificación de los billetes á las disputas del Casino, me volví á mi casa, pensando en el misterioso billete que yo, como en depósito, llevaba en el bolsillo.

¿Por qué te cuento tan minuciosamente todas estas cosas? No lo sé; pero si te parecen impertinentes, no las leas. Por lo que á mí hace, si no estuvieran ya escritas, las borraría.

Llegué á mi casa, creyendo que aún encontraría *gentes* en ella; pero advertí que no había ningún coche en la calle y que la gran puerta de mi palacio se hallaba entornada.

Entré y subí, y el silencio, que algunas veces habla, me dijo que la fiesta de aquella noche había concluido. Este era el momento de ver á Elisa, y, sin dejar ni el abrigo ni el sombrero, me dirigí á su gabinete, esto es, al gabinete del *trousseau*.

Por fin, los amigos, la sociedad, el mundo nos dejaban solos. Entré en el gabinete dando vuelta, entre los dedos al billete que llevaba en el bolsillo, y, en vez de Elisa, me encontré con su doncella.

—¿Y tu señora?—le pregunté.

—La señora (me contestó en voz muy baja) tiene jaqueca.

Hice un movimiento de impaciencia, porque verdaderamente no había contado con esa contrariedad. De todos modos, bien podía permitirme en-

trar á enterarme personalmente del estado de su dolencia.

Mientras yo hacía esta reflexión, la doncella había entrado con gran sigilo en el tocador, adoptando la actitud del que escucha.

Me adelanté á mi vez; pero la cuidadosa doncella me salió al encuentro; me detuvo, y poniendo el dedo índice sobre sus labios, me dijo:

—¡ Chist! Está durmiendo.

No era discreto forzar esta consigna; rascándome la frente como si sintiera alguna comezón en mis pensamientos, me dirigí á mi cuarto.

Despedí al ayuda de cámara que acudió á desnudarme, y me quedé solo frente á frente de aquel billete extraño, cuyo contenido debía ser muy curioso.

Nada era más fácil que rasgar el sobre y leerlo; pero no me parecía digno de mí este medio. Era la violación de un secreto, que probablemente nada tenía que ver conmigo. Era un abuso indigno de mí rasgar el sobre de una carta que no me pertenecía, y que sólo la casualidad había puesto en mis manos. Yo la poseía como un depósito; y sin oír antes las explicaciones de Elisa, y hasta cierto punto sin su consentimiento, no me era lícito leerla. Además, ¿qué concepto formaría de mí si al día siguiente le entregaba abierta la carta que me había confiado?

Sin más reflexiones, me acosté; pero no me dormí hasta la madrugada, y debió ser mi sueño

muy profundo, pues al despertar, ya bien entrado el día, me encontré que no estaba solo. Elisa se hallaba allí; había levantado las colgaduras de mi cama, y parecía absorta en la contemplación de mi sueño. Al abrir yo los ojos, me dejó ver su bella sonrisa, la sonrisa que ya conoces.

La carta permanecía sobre la chimenea, en el mismo sitio en que yo la dejé.

Aquí tienes una situación interesante, que suspendo hasta mañana, para dejarte en libertad de hacer cuantas suposiciones se te antojen. Ten paciencia.»